



# De MIGUEL DE UNAMUNO

8-VIII-1920

(Para LA NACION)

## Progresismo e historia

SALAMANCA, junio de 1920.

**E**N la Gran Bretaña se dedican ahora algunos a discutir el concepto del progreso. Lo cual es una de las más íntimas maneras de progresar. Y se ha hecho siempre. ¿En qué mejor se puede pasar la vida que en estudiar biología? ¿Que no se vive así...? ¿Vaya si se vive!

Los hombres materiales, carnales, se han empeñado en que el simbólico pecado original es de carne, pero el relato bíblico, del "Génesis", dice muy claro que el Señor les prohibió a Adán y a Eva que comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque en el día en que comiesen de él morirían (cap. II, v. 17), es decir, quedarían sujetos a muerte y que la serpiente les tentó diciendo que si comían de él, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, se les abrirían los ojos y serían como dioses sabiendo el bien y el mal (cap. III, v. 5), y antes de haberles el Señor prohibido comer de ese fruto, le dijo a la primera pareja de hombres aquello de: "¡fructificad y multiplicaos!" (cap. I, v. 28), por donde se ve que en la intención del redactor bíblico no estaba identificar, como hacen los intérpretes carnales y materialistas, el pecado original con el de la carne de sexo. El pecado era el del conocimiento.

Peró ya al principio del capítulo IV del mismo libro del "Génesis", en su versillo primero, nos encontramos con esto: "Y conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y parió a Caín". Donde vemos ya identificados el pecado de conocimiento y el carnal. Sobre lo que se ha discutido mucho, tanto como sobre el progreso—que es, a fin de cuentas, la misma cosa—y se ha elevado una torre de libros. Torre de libros que nos ayudan a ir pasando un poco mejor la vida.

Pecado carnal... pecado de conocimiento... Total, ¡lo mismo! Hasta en las cosas de la carne no es la lujuria, es la curiosidad lo que pierde. Flaubert lo ha expresado egregiamente.

Y vengamos al progreso. Os habla ahora aquí un profesor de lingüística. —Perdonádselo! Porque a todos hay que perdonarnos nuestra profesión. Siempre que bajo de ella se en-

cuentre la humanidad, que debajo del profesor, o del profesional, está el hombre. Progreso, "progressus", viene de "progrediar", avanzar. Y es claro que para avanzar es menester que haya algo que avance y que lleve una dirección.

En cuanto a la dirección... Si uno nos pregunta si va bien o mal por tal camino, le preguntamos a nuestra vez adónde se dirige, pero si nos contesta que va de paseo, nos encogemos de hombros. Y la humanidad va de paseo por el universo. La historia no tiene programa, o si le tiene se lo guarda Dios.

Peró un buque puede avanzar por el océano, y hacia un puerto, sea el que fuere, sin cambiar el buque y sin que cambie nada de lo que en él hay. El buque progresa, pero... Otros dirían que no progresa. Y esto es lo que se discute ahora en la Gran Bretaña.

La discusión la ha provocado un deán anglicano de la catedral de San Pablo, el deán Inge, a quien en su patria llaman "Gloomy" Inge, el lúgubre Inge, aunque de lúgubre no le encontramos nada. A quien acaso más se parece este William Ralph Inge, D. D.—es decir: doctor en teología (en inglés a la teología le llaman «divinity», divinidad)—es a aquel otro eclesiástico anglicano, también teólogo, Thomas Robert Malthus (1766-1834), que tan tremenda revolución produjo en la economía política, y que es uno de los creadores del socialismo que ha dado en llamarse a sí mismo científico. Y si se fuese a ahondar en los orígenes de la concepción histórica de Carlos Marx, nos encontraríamos que el mayor ingrediente nos lo daría la teología.

El deán Inge niega, dicen, el progreso. ¿Lo niega? ¡No! Lo explica de otro modo. Lo que hay es que los intelectuales—teólogos todos, ¡y quiéranlo o no!—acostumbran decir que uno niega una realidad histórica cuando rechaza la explicación que de ella se da. Lo que niega el deán Inge es el progreso de los que se llaman a sí mismos progresistas. Y acaso lleva razón en esto. Porque el progreso de los progresistas no es más que un mito. Y un mito que no progresa.

"Los griegos—escribe el deán Inge en uno de sus ensayos de franqueza ("Outspoken Essays")—jamás come-







ueron la equivocación de proyectar sus ideales al futuro, práctica que, como el Dr. Bosanquet, ha dicho, "es la muerte de todo sano idealismo". Pero es que los griegos vivían en un presente eterno. La edad de oro, el paraíso, estaba para ellos en el principio y no en el fin de la historia. Vivían del principio, no del fin; más de raíces que de frutos.

Hay al principio de la historia de la guerra del Peloponeso que escribió aquel hombre de entendimiento clarísimo que fué—que es más bien—Tucídides, una frase eterna y eternamente admirable, y es cuando dice que él escribe la historia "para siempre". ¡Para siempre! Esta frase es en el fondo la negación del progresismo, no del progreso. La negación del progresismo al modo del de Herbert Spencer—aquel ingenioso desocupado metido a filósofo, que dijo Papiri—que sostenía que lo más moderno, sólo por serlo, lleva ya presunción de superioridad sobre lo antiguo. Por aquello del paso de lo homogéneo a lo heterogéneo, de la integración de las diferenciaciones y demás natam-

... y poco positivas.  
 La frase de Tucídides nos recuerda otra, esta inglesa, muy célebre en la patria del poeta John Keats. Es la frase con que se abre su poema "Endymion". Frase que lleva la ventaja de ser verso. Y dice así:

A thing of beauty is a joy for ever!

Es decir: "Una cosa de belleza (una cosa bella) es un goce para siempre". "For ever!" para siempre, otra vez.

Y la historia produce cosas para siempre, ya la obra de Tucídides, ya el poema de Keats, ya un hombre. ¡Un hombre histórico! Porque hay hombres para siempre. Sea lo que fuera, por ejemplo, de la revolución rusa y deje en la historia de las instituciones humanas lo que dejare, Lenin es ya un hombre para siempre. Lo es como lo son César y Dioclecia-

no y Arnaldo de Brescia y Lutero y Cronwell y Robespierre y Garibaldi y Mazzini, y aquí, en España, Frin, v. gr., y ahí, en esa Argentina, Rosas o Sarmiento. Y como cuanto más tiempo pasa tenemos más hombres de éstos, los de antes, y los que se les van añadiendo, en este sentido, tendría razón un spenceriano al decir que lo moderno es mejor que lo antiguo. Porque si los hombres del siglo de Pericles tenían la "Iliada", nosotros tenemos la "Iliada" y además la "Eneida" y la "Divina Comedia" y el

"Fausto" y... Es decir, tendría razón el spenceriano si el recuerdo no se apoyara en el olvido y si no fuese que para gozar de lo de hoy hay que renunciar a gozar de lo de ayer.

¿Progreso? ¿No será mejor "recapitulación"? ¿Lo que San Pablo llamaba «apocatastasis»? Y ya estamos otra vez en la teología! ¡No, un camino, no!, sino una alfombra que se va arrollando. Y tener hoy más lo de ayer y lo de anteayer. En la naturaleza...

En la naturaleza de una bellota sale una encina y de la encina sale una —muchas—bellota y de ésta una encina y así. O del huevo una gallina y de la gallina un huevo y sigue... ¿Pero hay progreso de bellota a bellota, saltando por la encina, o de encina a encina, saltando por la bellota? Claro es que el lector moderno al leer esto se sonreirá recordando la doctrina, más bien el dogma, transformista y el evolucionismo de Lamarck y el revolucionismo de Darwin y todo lo de la lucha por la existencia y la sobrevivencia del más apto, y la selección natural, y la adaptación al ambiente y la herencia

... con la discusión de si se transmiten o no los caracteres adquiridos o si no es más bien que por selección y luego herencia, se fijan las variaciones que Darwin llamaba espontáneas, de origen teratológico acaso. Y el lector moderno se recordará de las más recientes doctrinas catastróficas y de la aparición súbita de nuevas especies y hasta de la fabricación de ellas por el hombre de laboratorio. A pesar de lo cual aun hay quien se pregunta si de bellota a bellota, si de huevo a huevo hay progreso. O si le hay de los gigantes saurios paleontológicos, antediluvianos, que se decía antes, a las fieras de hoy o aun al aeroplano. O si Herbert Spencer tenía un cerebro más complicado y más progredido que el de Heráclito o el de Platón, o si Buckle sintió la historia mejor que Tucídides.

La historia, que es cosa del espíritu. Y de valores espirituales. Ahora que un cuadro, un poema, una estatua, una sinfonía, pueden ser valores materiales, económicos. Y suelen serlo para el que trafica con ellos. Y en cambio el maíz, las ovejas, los puercos, el trigo, la alfalfa, el carbón, el petróleo, pueden convertirse en valores espirituales. ¿Cómo? Ya os lo explicaremos alguna vez.

El deán Inge es un teólogo que se ha dedicado a estudiar la mística. Lo mejor suyo son sus estudios sobre Plotino. Y Plotino fué un hombre sumergido en la contemplación de lo uno y de lo eterno, un hombre que sólo se preocupó de lo de siempre y por eso un hombre para siempre. Y al deán Inge la terrible sacudida de la guerra le ha llevado a negar el progreso de los progresistas. Pero como el deán Inge, a fuer de teólogo y mistólogo ha de tener sentido estético, verá, aplicando la concepción estética de la vida, que no hay más progreso que la historia misma.

